

Los Náufragos de la «Palmyra»

Por

Ariel SANDOVAL Hernández

Parece el título de una obra de Salgari o de Julio Verne, de aquellas que todavía siguen encandilando la imaginación de los adolescentes con sueños de aventuras y ansias de mares y horizontes. Pero el presente relato no corresponde a una creatura del ingenio literario, si bien podría haber inspirado la pluma del más hábil escritor de historias marineras.

Asienta su realidad en las costas quebradas y desoladas del austro chileno, y finca su fecha en el invierno de 1908.

La fragata de cuatro palos y 1.700 tons. "Palmyra" era uno de los magníficos devoradores de millas de la casa Laeisz, de Hamburgo. Lanzada al agua en 1889 en los astilleros de Blohm & Voss era, a la fecha de esta historia, una veterana de la carrera del salitre e impertérrita dominadora del Cabo de Hornos, que acostumbraba montar a velas desplegadas con vientos de tormenta o de bonanza, como era habitual que lo hicieran todos los "veleros P" de cuya selecta hermandad formaba parte.

En abril o mayo de 1908 dejó a popa el faro del Lizard y las últimas costas del Canal de la Mancha, en viaje directo a Valparaíso procedente de Amberes. Era su capitán Georg Lessel y primer piloto Gustav Thiel, ambos curtidos por los vientos de todos los cuadrantes. El paso del Cabo fue bastante duro, con olas enormes que en vano pretendieron arrastrar el buque a las profundidades, con vientos huracanados que rifaron las ve-

las y troncharon la arboladura, con hielo y nieve que laceraba las manos e impedía la maniobra...

Ya en aguas del Pacífico la "Palmyra", averiada pero siempre enhiesta, fue batida persistentemente por vientos del NW, debiendo navegar amuras a babor hacia el E. Peligrosamente cerca de tierra, sin poder cambiar el rumbo, perdida en medio de la cerrazón y la obscuridad, encalló al fin, en la madrugada del 2 de julio de 1908, en las negras escolleras de isla Kalau, al SE., del Golfo Trinidad y por los 49° 22' S. y 75° 34' W. Allí costó su casco de acero, roto y maltrecho, poniendo punto final a tantas singladuras.

Un naufragio no podía atemorizar a aquellos hombres, acostumbrados a subir por alto del brazo con la muerte y a bailar con ella la danza endemoniada de las olas. El capitán Lessel impartió las órdenes para abandonar el buque. Se arrió el primer bote, pero la mar gruesa lo volcó ahogándose cinco hombres. La otra embarcación fue bajada con más fortuna y en ella tomaron colocación los restantes catorce marineros, a las órdenes del segundo y tercer pilotos. Medianamente avituallados pusieron proa al norte por los canales, en demanda de una quimérica ayuda.

El capitán Lessel y el piloto Thiel quedaron solos a bordo de la fragata, alentando aún la esperanza de poder reflotarla. Pero al día siguiente tuvieron que

rendirse a la evidencia de que el barco estaba perdido totalmente, y desembarcaron, armando un magro campamento en una playa cercana en espera de que sus camaradas hubieran encontrado socorro y vinieran a recogerlos.

Pero, ¡qué difícil era encontrar ayuda en aquellas soledades, en aquellos canales recorridos de cuando en cuando por algún buque y barridos eternamente por nieves y turbonadas! Comprendiéndolo así, y tras esperar durante dos días, Lessel y Thiel aparejaron un pequeño bote, apenas un serení, y con un mantel a falta de mejor velamen hicieron rumbo al Sur.

He ahí la cáscara de nuez flotando en las aguas profundas y traicioneras de los canales. He ahí a los dos hombres afebrados a la caña y tratando de evitar que la corriente y el viento los estrellen contra los pétreos farellones. Helos en la blanca arena de un abra cualquiera, acurrucados junto a una fogata para combatir en parte el intenso frío que traspasa sus gruesos chaquetones y botas de mar. Los rostros partidos, los labios tumefactos, las manos llagadas, alimentándose de peces y mariscos, su voluntad es más fuerte que los rigores de la naturaleza y continúan el viaje increíble, rumbo al sur, siempre rumbo al sur...

Salieron finalmente al mar abierto, y el botecillo brincó entre las olas altísimas de comba verdinegra, haciendo agua por todos lados pero manteniendo porfiadamente su rumbo. Al fin, el 20 de julio, Lessel y Thiel avistaron en el horizonte la mole sombría de un islote que para ellos significaba vida y salvación. Era el peñón de Evangelistas, en cuya cumbre la silueta del faro ahuyentaba a la muerte.

Aquel 20 de julio debe haber sido un día de relativo buen tiempo, pues el serení llegó hasta el peñón y los agotados marinos desembarcaron, ayudados por los fareros. Sólo faltaba aquel brochazo

final de un viaje memorable: donde las escampavías debían esperar hasta "cuarenta días" para acercarse a Evangelistas en labores rutinarias de aprovisionamiento, aquellos esforzados alemanes se aventuraron sin vacilar en un botecillo mal calafateado y llegaron a su destino. Sí, tiene que haber sido un día de buen tiempo...

Hasta el 17 de agosto permanecieron los náufragos en el faro, reponiendo fuerzas y curando sus llagas y heridas. Ese día se embarcaron en la escampavía "Porvenir" y a su bordo llegaron a Punta Arenas sanos y salvos. La increíble odisea había terminado.

De los restantes tripulantes de la "Palmyra" nada se supo, pese a la rebusca que de ellos hizo la escampavía "Cónдор". Se les dio por desaparecidos, y el caso del velero alemán fue cerrado para siempre.

La historia podría terminar aquí, esta historia que, como decíamos, debía haber inspirado a un Saigari o a un Verne. Pero en 1953 un hallazgo macabro vino a dar el justo epílogo que el caso de la "Palmyra" necesitaba. En una cueva cercana al faro de Cabo Raper se encontraron varias osamentas humanas y los restos medio podridos de un bote salvavidas. Algún enamorado de las historias marineras lo relacionó con los desaparecidos tripulantes de la "Palmyra", y así salió en las páginas de los periódicos. Cabe dentro de lo posible que esos restos fueran todo lo que quedaba de aquellos catorce hombres que un 2 de julio de 1908 dejaron Kalau con rumbo al norte. También puede ser que correspondieran a náufragos de otro buque. La noticia, en todo caso, llegó a través de los teletipops hasta las márgenes del Elba, donde un viejo capitán retirado, el ex-primer piloto Gustav Thiel, ha debido sentir renacer en su corazón los recuerdos angustiosos de un crucero de locura entre Kalau y Evangelistas...